



Vivant Denon. El caballero del Louvre

Philippe Sollers

Prólogo de Blas Matamoro

Epílogo de Javier Jiménez

Traducción de Mauro Armiño

Fórcola. Madrid, 2012

260 páginas. 22,50 euros

NARRATIVA. CONTAMOS en castellano con una exquisita edición en Atalanta del único relato (erótico) que publicó —anónimo— el misterioso personaje francés Dominique-Vivant Denon (1747-1825): *Sin mañana*. A esta pequeña joya del siglo XVIII se añade en dicha edición otra maravilla: *Viaje al Bajo y Alto Egipto*. Denon acompañó a la Armada de Napoleón en su expedición al país de los Faraones; fue testigo de batallas espeluznantes y sangrientas; dibujó y tomó notas acosado por las balas, pero esta obra fue un éxito de ventas y propició la egiptomanía. Poco más escribió este *bon vivant* galante, gentilhomme de corte que supo hacer carrera *política* —sin que sepamos qué hizo en concreto— durante el Antiguo Régimen, la Revolución y con Napoleón; que fue, además, un experto dibujante y grabador, comerciante en vinos, coleccionista y traficante de arte, y que terminó fundando el Museo del Louvre. Es este Vivant Denon, optimista y gozador del instante, volteriano a conciencia, quien inspira al provocador novelista galo Philippe Sollers (1936) otra de sus originales semblanzas biográficas, las cuales dicen casi más de Sollers que del biografiado. Si en libros anteriores fueron sus personajes estelares Mozart, Casanova o Sade, en éste es el venturoso Denon la excusa que tienta a Sollers para recrear variadas estampas del ambiente cultural y político de las postrimerías del fabuloso Siglo de las Luces y los inicios del XIX. Denon, patriota por los cuatro costados, estuvo en San Petersburgo con Catalina la Grande y en Venecia, donde frecuentó a la condesa Albrizzi. Regresó a Francia en la época del Terror y, amparado por David, la superó sin perder la cabeza; más tarde, con más de cincuenta años, Bonaparte lo nombró director de museos. En Venecia había tenido la genial idea de “extraer obras de arte del entorno oscuro que las ignoraba y crear un templo de la contemplación” —recuerda Sollers—; de tal ocurrencia nacería el Museo del Louvre. Murió discreto y feliz sin pensar en la posteridad. Semejante periplo vital es el que recreará Sollers con su peculiar estilo fragmentado, tan infrecuente en biografías al uso, que a veces irrita, aunque siempre atrapa, por lo directo y personal. En cualquier caso, es un libro entretenido para amantes del arte biográfico —con episodios estupendos como la hilarante relación con Voltaire o las peripecias en Egipto— y de ese siglo esencial que fue el XVIII. Excelente traducción de Mauro Armiño.

Luis Fernando Moreno Claros